

madre es la obra de un narrador, por más que aquí nos movemos entre la crónica y las memorias. Lo más interesante es cómo consigue abrirnos las puertas a un paisaje (el de los barrios y transbarrios de las afueras de Barcelona) que pertenece a nuestra ciudad y, para nuestra vergüenza, nos resulte prácticamente desconocido. El título es inexacto: sólo al principio y al final del libro le vemos pasear con su madre, personaje muy diluido, casi mera referencia –por más que en una extraña pirueta la madre sea también aquí la lengua–, en lugar de ofrecernos una relación entrañable y una conversación animada como la de Concezione Ferrauto y su hijo Silvestro en *Conversaciones en Sicilia* de Vittorini, un buen modelo de propuesta ideológica desde la lírica y el mito, mostrando la cara más escandalosa de la pobreza pero también la más entrañable. En realidad, *Paseos con mi madre* se trata de un recorrido, a pie o en autobús, en el que el narrador observa más que dialoga. Lo que explica que, de nuevo, a los personajes les falte vida, porque casi todos carecen de un mundo narrativo. Hay que añadir, asimismo, cierto tono panfletario, un mensaje social más propio de las novelas de los años cincuenta, con la diferencia de que aquí el autor conoce de primera mano el mundo que nos describe. La división entre “el clasismo endémico de Barcelona” y los habitantes de los bloques, entre ricos y pobres, exigiría ciertos matices y no –a propósito de las pirámides sociológicas de las ciudades– este categórico “todas las ciudades están construidas por esclavos”.

Por suerte para el lector, desde pequeño ha preferido “la frase por encima de la idea” y “lo que practicaré será un esoterismo lírico”. De esta sustancia poética no necesariamente visible se alimenta lo mejor del libro que es, más allá de sus ingenuas reflexiones sobre la literatura, las lenguas o la sociedad, una búsqueda en el vacío pese a la sórdida realidad que se nos revela al recorrer el Guinardó, Ciutat Meridiana, La Mina, Sant Roc o Bellvitge, y, como centro neurálgico, Sant Adrià de Besòs y su río, el único nombre que aparece en castellano, porque así se le llamaba en la infancia del autor. “Yo nací aquí y de esa incertidumbre trata ese libro”, “andaré buscando entre los bloques, al pie de los edificios de todas las afueras, unas raíces, las mías, que no agarran a ninguna clase de suelo”, “iré siempre buscando paisajes como deflagraciones, con los ojos llenos de llamas, queriendo ser obstinadamente yo mismo en unas calles que quedan fuera de la historia y fuera de mí”. Es su desarraigo, su desvalimiento, lo que nos conmueve, y lo más valioso del libro, junto al innegable valor de la crónica, es este tono melancólico, escrito como está desde la soledad, la rabia y el desamparo. |

Sarah Shun-Lien Bynum
Las crónicas de la señorita Hempel
Traducción de Gabriela Bustelo

LIBROS DEL
ASTEROIDE
264 PÁGINAS
18,95 EUROS

Novela Una de las voces más prometedoras de la literatura norteamericana, Sarah Shun-Lien Bynum, cautiva con estas memorias de una maestra

Miro hacia atrás y busco entre mis recuerdos

ISABEL GÓMEZ MELENCHÓN

Hay un momento mágico en la vida en que parece que todo es posible. Dura poco, no más allá de los nueve o diez años. Hasta entonces, cada vez que dibujas un monigote te convierten en un futuro Kandinsky; si te sabes dos notas del pentagrama tus padres te presentan como un prodigio a la altura de Mozart, o casi; tres palabras bien dichas ya auguran al escritor en ciernes. Toda esa fortuna se acaba cuando los garabatos se quedan en eso, y las notas se atragantan, cuando a los once años el genio por venir descubre por sí mismo que no lo es tanto, que es uno más y así será su vida, como la de sus padres, como la de todos aquellos que cantaron sus alabanzas.

Y sin embargo ese destello que todos hemos alumbrado alguna vez se repite de manera interminable en cada niño que nace y crece, y a veces enciende una vida. Hay quienes piensan que vale la pena intentar mantener la llama. La ficción anglosajona ha dado obras memorables sobre la figura del profesor/a que aspira a hacer de sus alumnos algo más que pupilos, tanto en la literatura como en el cine. *Las crónicas de la señorita Hempel* de Sarah Shun-Lien Bynum (Hous-

La señorita Hempel está dotada de una honestidad teñida de candidez que la acerca a sus alumnos

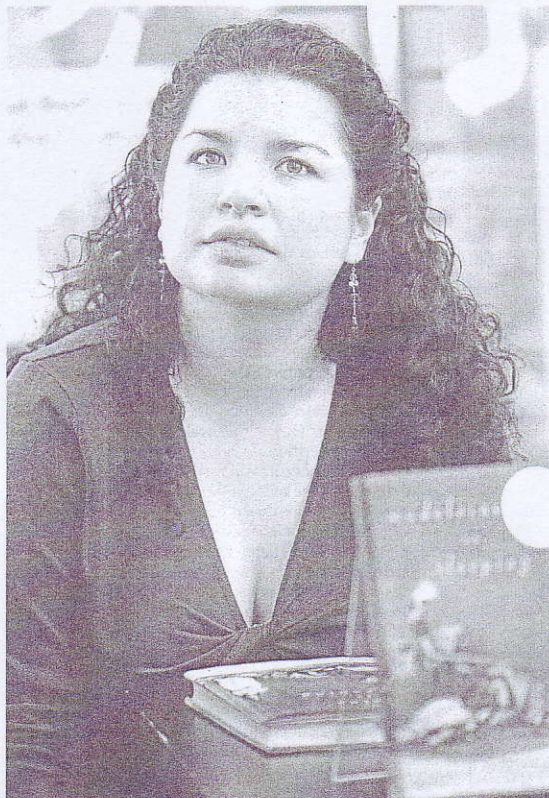
ton, 1972) se inscriben en la estela de *La plenitud de la señorita Brodie*, de Muriel Spark, llevada al cine como *Los mejores años de miss Brodie*, pero en el momento actual y en el colegio, en ese momento imposible de retener, y es una novela deliciosa, de esas que reconcilian con la vida, no porque las cosas acaben bien, sino porque siempre habrá gente que se empeñe en que lo hagan. Gente decidida a crear.

Sarah Shun-Lien Bynum ha sido saludada como una de las más esperanzadoras voces de la literatura norteamericana; de hecho, el pasado año fue elegida por la pres-

fiante, duda de su prometido. Y recuerda, recuerda a su familia, a su padre, a su propio colegio.

Poseedora de una rara empatía, la señorita Hempel se sienta ante sus alumnos y los ve como lo que son, “un enjambre de niños inquietos, ensimismados, vulnerables”, y no puede evitar sentir inquietud ante todo lo que puede sucederles. Más que despertarles, tal vez lo que desea por encima de todo es protegerles. En sus clases no se limita a contar: intenta que sean ellos los que cuenten. Por eso les deja elegir sus lecturas, permite las palabrotas, habla de sexo. Como le dice el director, “tú no eres profesora de lengua, enseñas a tus alumnos a leer, escribir y pensar con sentido crítico”. Pero en su mundo no hay certezas: las clases de Historia no son películas de indios y vauqueros, las preguntas a veces quedan sin respuesta. Sobre todo, las que se dirigen a la persona y no a la profesora. Mientras el claustro de enseñantes la admira, Beatrice se dice a sí misma que tal vez sus clases no sean más que “otro flanco defensivo de un montaje que los retiene durante ocho horas diarias”.

Los alumnos crecen, los profesores envejecen, algunos siguen, otros no. Tal vez los años pasados entre las paredes de la escuela no sean los mejores de miss Hempel, pero seguro que son los que más recuerda. |



Bynum en una lectura con otros finalistas del National Book Award en el 2004